POR UNA OFENSIVA SOLIDARIA LA ACCIÓN COLECTIVA ANTE LA EPIDEMIA

Ismael Blanco, Oriol Nel·lo y Ricard Gomà

1. ESCENARIOS POSIBLES: AUTORITARISMO O SOLIDARIDAD

El estallido de la crisis del CoViD-19 ha sacudido las vidas de millones de personas en todo el planeta. Lo ha hecho de forma inesperada, con consecuencias inmediatas y radicales sobre la vida cotidiana de la gente y con efectos que, a buen seguro, serán profundos y de larga duración. El carácter imprevisto de la crisis, el escaso tiempo transcurrido desde el inicio de la pandemia y las incertidumbres relativas a la evolución del coronavirus hacen que cualquier ejercicio prospectivo en este momento resulte excesivamente osado. Conviene, sin embargo, reflexionar sobre las transformaciones sociales y políticas que se puedan derivar de esta crisis, conjurarnos contra los posibles retrocesos en la calidad de nuestras democracias y promover las oportunidades que emerjan para la construcción de sociedades más atentas a la vida y al planeta, más justas, participativas y solidarias,

Las reflexiones que han ido apareciendo en los últimos días respecto a la presente situación apuntan la existencia de dos escenarios posibles, de signo opuesto. En un extremo, se vislumbra el reforzamiento de los autoritarismos, el retroceso en los derechos individuales, los recortes en derechos sociales, el crecimiento de la xenofobia y el debilitamiento de la confianza social. Un escenario de poderes estatales fuertes, con un relato de protección y seguridad, configurado desde el rechazo a la diversidad y el cierre de fronteras. Esto podría ir acompañado de una creciente fragmentación del mundo en bloques económicos y geopolíticos, tal como advertía Branko Milanovic recientemente en *Foreign Affairs*. En el otro extremo, resultaría plausible también que la crisis actuara como un antídoto contra el individualismo, evidenciara la importancia de un Estado de Bienestar arraigado en la vida cotidiana y de unos servicios públicos considerados como bienes comunes, promoviera los comportamientos solidarios, impulsara los cuidados y su distribución equitativa y nos obligara a reconsiderar radicalmente nuestra relación con el medio ambiente. En este sentido, Ezra Klein, afirmaba hace pocos días que la cuestión más crucial de todas las que debemos afrontar ahora es si "la solidaridad puede replicarse más deprisa que el virus".

Lo más probable es que la evolución de los hechos nos sitúe en una combinación de elementos propios de un escenario y del otro. En todo caso, su definición resulta clarificadora respecto a los grandes dilemas a los que colectivamente tendremos que hacer frente. Las tecnologías digitales emergen en este contexto como un arma de doble filo: al servicio de una política autoritaria que recorta libertades y derechos en nombre de la seguridad de comunidades concebidas como homogéneas y cerradas; o al servicio de una política democrática que promueve nuevos vínculos sociales solidarios y nuevas prácticas de participación por parte de comunidades abiertas y diversas.

Del análisis preliminar de las respuestas sociales a la crisis que se han ido produciendo en las últimas semanas, creemos que se derivan algunas señales esperanzadoras, señales que, si bien no hacen desaparecer las amenazas, merecen ser valoradas y promovidas. Nos referimos, concretamente, a la proliferación de numerosas iniciativas de solidaridad ciudadana orientadas a paliar los efectos más inmediatos de la crisis social y sanitaria, las cuales pueden llegar a jugar un papel muy importante para la preservación de la cohesión social en el medio y

el largo plazo. En contraste con algunas imágenes repetidas por los medios de comunicación durante los primeros días de la crisis (como las de personas acaparando productos de primera necesidad en los supermercados, o las de miles de vehículos que se desplazan hacia las segundas residencias), la respuesta social dominante a la crisis hasta el momento no ha sido el individualismo, sino la solidaridad y los cuidados.

II. SOLIDARIDADES CONTAGIOSAS: CONTINUIDADES E INNOVACIONES

La solidaridad es la expresión de un sentimiento de pertenencia colectiva y de compromiso con la comunidad que nos impele a ayudarnos mutuamente, compartiendo altruistamente con los demás nuestras propias capacidades (nuestro tiempo, nuestras capacidades físicas, nuestros conocimientos, nuestras habilidades, nuestra experiencia, nuestros recursos ...). El estallido de solidaridad que la crisis del coronavirus ha motivado en estas últimas semanas se ha concretado en numerosas y muy diversas iniciativas entre las que podemos destacar, al menos, cinco tipos principales:

1. **Las redes de apoyo mutuo constituidas expresamente como reacción a la crisis social y sanitaria provocada por CoViD-19**, como por ejemplo las iniciativas que se agrupan bajo el paraguas de la red digital ApoyoMutuoC19, que dos semanas después del inicio del confinamiento recoge ya más de 300 iniciativas de todo el estado.
2. **Las iniciativas de reciprocidad en los ámbitos de la proximidad vecinal y familiar**, que cubren aspectos tan significativos para la vida cotidiana de las personas como ir a hacer las compras para la gente mayor o cuidado de niños de padres y madres que deben trabajar.
3. **Las iniciativas culturales, educativas, deportivas, de apoyo psicológico** que proliferan en las redes sociales digitales y que tan cruciales se han convertido en el día a día de las personas desde el inicio del confinamiento.
4. **Las prácticas de solidaridad vehiculadas a través de las entidades del Tercer Sector Social** (bancos de alimentos, roperos sociales, comedores sociales, iniciativas de apoyo a colectivos vulnerables ...) que adquieren hoy un valor renovado ante la situación de emergencia social.
5. **Las prácticas de autoorganización social que preceden al estallido de esta crisis**, muchas de las cuales surgieron justamente en el contexto de la crisis económica de 2008, y que hoy se reorientan hacia la satisfacción de necesidades colectivas derivadas de la emergencia social y sanitaria.

De hecho, la expansión de las iniciativas solidarias ha sido una constante en las situaciones de crisis y de emergencia social como las que estamos atravesando. A pesar décadas de prédicas neoliberales y de difusión de los presuntos valores del individualismo, la acción colectiva sigue teniendo una importancia clave tanto a la hora de paliar los efectos sociales de las crisis como en la defensa de los derechos sociales. Lo pudimos constatar a la crisis de 2008, que espoleó el impulso de una gran cantidad de iniciativas cooperativas en campos como los cuidados y la ayuda mutua, el consumo de productos agroecológicos, los bancos de tiempo, las redes de intercambio, las monedas sociales, las cooperativas de vivienda o las asambleas contra los desahucios. Su desarrollo reflejó un cambio significativo en las formas de acción colectiva, como observamos también en los estudios sobre *Movimientos Sociales y Derecho a la Ciudad*, transitando desde el predominio de los modelos meramente resistenciales y de denuncia, hacia prácticas cooperativas y creativas, con voluntad de impulsar cambios de fondo por medio de transformaciones reales e inmediatas sobre la cotidianidad de las personas.

En el estudio *Barrios y crisis* pudimos observar cómo este tipo de iniciativas se extendían y adquirirían un valor particular en tres ámbitos principales: 1) la provisión de bienes y servicios que, en las circunstancias de la crisis, ni el mercado ni las administraciones públicas estaban en condiciones de proporcionar; b) la defensa y la reivindicación de derechos sociales; c) la exploración de formas alternativas de organización económica y social. La gran mayoría de las más de 700 iniciativas incluidas en el Mapa de la Innovación Social en Cataluña, o de las más de 600 del Mapa de la Innovación Social en el Área Metropolitana de Barcelona, se constituyeron con posterioridad al estallido de la crisis económica y financiera de 2008 y, muy particularmente, después de 2011, probablemente como consecuencia del agravamiento de la crisis social y del impulso que supuso el movimiento del 15M.

El elevado volumen de iniciativas colectivas surgidas en los años de la crisis de 2008 propició la acumulación de un capital social que hoy está reemergiendo con fuerza en el combate contra las consecuencias del Covid19. El uso de las redes sociales digitales como herramienta de acción colectiva y las manifestaciones espontáneas de apoyo a los profesionales que actúan en la primera línea de la lucha contra la crisis sanitaria, por ejemplo, son en buena medida el reflejo de los aprendizajes colectivos realizados durante los años precedentes. El fenómeno que se ha producido durante las últimas dos semanas, sin embargo, presenta algunas particularidades respecto a las respuestas sociales a las crisis precedentes, entre las que conviene destacar:

1. **La velocidad y la intensidad con la que están surgiendo estas iniciativas**, que es proporcional a la magnitud de la emergencia social y sanitaria provocada por la pandemia.
2. **La conciencia de que esta es una crisis que dibuja un horizonte de incertidumbres sin precedentes** y que afecta a toda la sociedad en su conjunto, sin distinciones de clase, por más que sus efectos sean muy desiguales según los grupos sociales.
3. **El fuerte protagonismo de las redes sociales digitales**: buena parte de la ayuda mutua que nos ofrecemos hoy se produce a través de las redes virtuales, por la razón evidente del confinamiento. Sin menospreciar los efectos de la brecha digital, la gran expansión de las redes sociales favorece que este tipo de iniciativas lleguen a mucha gente.

3. LA ACCIÓN COLECTIVA: LIMITACIONES Y NECESIDAD

Probablemente, nunca como en esta crisis ha quedado tan patente la importancia capital de la co-responsabilidad ciudadana. Esto es así por dos razones: por un lado, la existencia de las redes de apoyo mutuo está siendo crucial para frenar la expansión de la enfermedad; por otro, la solidaridad es esencial para paliar sus efectos socioeconómicos. Así, como ha argumentado Yuval Noah Hariri a partir de la experiencia internacional, la confianza y la solidaridad pueden ser mucho más efectivas que no el control a la hora de hacer efectivo el cumplimiento de las medidas de confinamiento y de prevención de la transmisión de la epidemia. Más allá de la disciplina social, una crisis como la actual, con sus efectos sociales presentes y futuros, exige, también, que nos movilizemos colectivamente para apoyarnos unos a otros.

La solidaridad tiene efectos positivos e insustituibles tanto desde el punto de vista de la salud como el punto de vista social. Permite afrontar la crisis potenciando, al mismo tiempo, la equidad y los derechos sociales, obviando la falsa alternativa que nos obligaría a tener que elegir entre la salud y el incremento del control social. Además de hacer viable la convivencia de salud y libertad, la solidaridad hace posible reducir los efectos sociales de la crisis y distribuir mejor los costes. Así, el valor de la solidaridad debe ser medido por sus efectos a corto plazo, por su capacidad de paliar los efectos más inmediatos de la crisis, pero también a medio y largo plazo, por su contribución a la cohesión social en un contexto económico y social que previsiblemente será muy duro.

Como en la crisis precedente, la movilización solidaria puede cumplir funciones tan importantes como:

- **Proveer la demanda de bienes y de servicios necesarios para la vida cotidiana** que ni las administraciones públicas ni el mercado en estos momentos pueden satisfacer por sí solos.
- **Crear y reforzar lazos sociales** que nos ayudan a combatir el miedo y la angustia que provoca una situación dramática e incierta como la actual y que nos recuerdan que no estamos solos, que pertenecemos a una comunidad, y que por lo tanto compartimos problemas y que podemos llegar a compartir soluciones.
- **Promover la denuncia y la movilización contra las injusticias** que se producen en el transcurso de la crisis (los despidos injustificados, la explotación laboral, los desahucios, los cortes de suministros, las discriminaciones racistas, etcétera).
- **Explorar y promover modelos ecológicos, sociales y económicos alternativos**, que la crisis actual evidencia como particularmente necesarios y urgentes.

No podemos dejar de considerar, sin embargo, las limitaciones y, incluso, los posibles efectos perversos de ciertas formas de solidaridad ciudadana en un contexto como el actual. La literatura sobre el capital social, por ejemplo, ha constatado que no todas las formas de reciprocidad son igualmente positivas para la calidad de las democracias. Ciertas prácticas de solidaridad refuerzan los lazos sociales entre personas cercanas y con características sociales y culturales compartidas, al tiempo que excluyen aquellas que son percibidas como extrañas o diferentes, contribuyendo así a generar comunidades más fragmentadas y excluyentes. Las formas de capital social más positivas para la democracia, en cambio, son aquellas capaces de crear vínculos de confianza y de reciprocidad entre grupos sociales diversos (el llamado capital social *bridging*, que tiende puentes).

En la línea de investigación de *Barrios y Crisis*, además, constatamos otra de las limitaciones importantes de este tipo de iniciativas. La innovación social reclama unas capacidades de autoorganización social que están desigualmente distribuidas entre la población y que, por tanto, sin medidas compensatorias de ningún tipo, pueden contribuir a reproducir y ampliar las desigualdades. Sin caer en el determinismo social, la evidencia empírica acumulada nos demuestra que la acción colectiva suele ser mayor entre los grupos sociales de rentas medias y medias-altas, y en el marco de los barrios con más capital social y relacional; y en cambio es significativamente menor entre los colectivos y los territorios socialmente más vulnerables. Las tradiciones de participación asociativa en los barrios y municipios pueden contrarrestar en parte el efecto de la condición socioeconómica, pero la correlación entre la renta y la participación sigue siendo muy notable en términos generales.

Algunos datos aparecidos recientemente, que sin duda deberán ser leídos con mucha cautela, indican que la incidencia de los contagios por Covid19 está siendo más acusada en los barrios y municipios con menor renta, probablemente como consecuencia de una combinación de factores como son la mayor densidad de población y la menor capacidad de hacer cumplir las medidas de confinamiento. Más allá de los indicios sobre la prevalencia de la enfermedad en este tipo de barrios y su posible mayor incidencia en las tasas de mortalidad, resulta evidente que las consecuencias sociales de la crisis del coronavirus golpearán con mucha más fuerza las áreas urbanas donde desde hace tiempo ya se concentran las situaciones de mayor necesidad social. La solidaridad ciudadana será aquí más importante que en ningún otro lugar, pero la apuesta por la acción comunitaria deberá tener muy presente que esta debe ser acompañada por una acción institucional decidida, capaz de contrarrestar tanto las desigualdades en las capacidades de acción colectiva de la población, como las inequidades en las capacidades institucionales de los municipios para hacer frente a las realidades sociales de sus respectivas poblaciones.

La gestión de la crisis del coronavirus pone en evidencia la importancia de la acción de los poderes públicos. Tras décadas de prédicas sobre la reducción del Estado, ahora se hace patente que este resulta imprescindible, en muchos ámbitos y, de manera muy destacada, en los campos de la salud y de los cuidados. Una acción institucional que deberá tener fuertes componentes de proximidad y cotidianidad, para proteger sin recurrir a paternalismos y jerarquías. Asimismo, la crisis muestra la necesidad y la urgencia de establecer instrumentos de gobernanza global democrática ante los retos a los que deben hacer frente las sociedades contemporáneas. Ahora bien, esta acción de los poderes públicos debe ser impulsada y acompañada por la acción colectiva de una ciudadanía activa que no renuncia al protagonismo de la fraternidad. Sólo así, sólo a través del fortalecimiento de la solidaridad y de los derechos sociales, podremos hacer frente a la crisis de manera eficaz y justa.

Referencias

Blanco, Ismael & Nel-lo, Oriol, eds.: *Barrios y crisis. Crisis econòmica, segregación urbana e innovació social en Catalunya*, València, Tirant lo Blanch, 2018.

Harari, Yuval Noah: "The world after coronavirus", *Financial Times*, 20 de març 2020.

Ibarra, P. Gomà, R. et. al. eds: *Movimientos sociales y derecho a la ciudad*, Barcelona, Icària, 2018.

Klein, Ezra: "The Covid-19 question: Can social solidarity replicate faster than the virus?", *vox.com*, 17 de març 2020.

Milanovic, Branko: "The Real Pandemic Danger Is Social Collapse", *Foreign Affairs*, 19 de març 2020.

Artículo publicado en *Política & Prosa*, 3 de abril 2020
<https://www.politicaprosa.com/per-una-ofensiva-solidaria/>

Ismael Blanco, Institut de Govern i Polítiques Públiques
Ricard Gomà, Institut d'Estudis Regionals i Metropolitans de Barcelona
Oriol Nel-lo, Departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona